



Semblanza de Silvia Calosso. Un Convivio soror para Silvia Calosso

CAV. ADRIANA CRISTINA CROLLA

Universidad Nacional del Litoral

Conocí a Silvia y comencé a aprender y disfrutar de su sabiduría, entusiasmo y generosidad, en mis primeros años como docente en la Escuela Universitaria del Profesorado, donde entré en junio de 1980, a poco de egresar, a dictar las literaturas extranjeras traducidas. Silvia fue contratada -según su legajo comenzó el 1° de octubre de 1982- como especialista de Literatura Griega y Latina y de Griego, al fallecer la profesora María del Huerto Marchese de Mian.

Desde el principio me deslumbró su energía, su risa contagiosa y su capacidad para insertarme en mundos intelectuales que por mi contexto académico de formación (el reducido y escolarizado ambiente de la Escuela Universitaria de la UNL durante los convulsionados tiempos de la Triple A y del Golpe militar) no había podido conocer.

Silvia venía de un mundo para mí idílico: el Profesorado de Letras de la Universidad Católica de Santa Fe. Un ámbito académico organizado según reglas sustancialmente universitarias, con cátedras y bibliotecas especializadas y con generaciones de amigos cófrades integradas por profesores y alumnos (convertidos a su vez en colegas) habituados a departir y disfrutar en la construcción mancomunada de conocimientos y en una (al menos a mí me parecía) permanente gozosa interacción. Silvia integró un reducido pero sustancial grupo de especialistas que trajeron a la UNL el magma literario surgido en la Católica, que resultó esencial, una vez reconquistada la democracia e iniciada la construcción universitaria de esta facultad, al aportar sus saberes y experticia para el nacimiento de la FAFODOC (hoy Facultad de Humanidades y Ciencias).

Conocerla, como dije, fue abrírseme el arcón de los tesoros, por el ambiente intelectual que la rodeaba con sus colegas y amigos. Y recupero el espíritu movilizador de los primeros grupos de estudio al que pude acceder de su mano, como el que se había conformado en el Instituto de Cultura Hispánica, donde durante dos años estudiamos a Daniel Moyano, de la misma manera, el que se formó alrededor del magisterio del profesor Ricardo Ahumada, luego de jubilarse en 1981, para estudiar la incipiente y motivante Semiótica. Pude disfrutar poco de esos encuentros, por mis obligaciones familiares, pero compensaba mis recurrentes ausencias con la traducción del *Dostoievsky* de Bajtin, que Ahumada

había conseguido en italiano. Silvia, por su parte, cubría mis lagunas al transmitirme expansivamente los resultados que se alcanzaban en cada cita.

Otra peculiaridad provocaba mi admiración, y era la enorme riqueza de sus relaciones intelectuales y la liberalidad de sus acciones. Silvia, al mismo tiempo que asumía con responsabilidad sus deberes de madre, esposa y anfitriona (todos nosotros podemos dar cuenta de su exquisita experticia gastronómica), se nos presentaba con su apariencia juvenil y una fuerte reminiscencia hippie, caracterizada por un atuendo de tipo “enterito” -como se llamaba por entonces- y sus anteojitos redondos.

Durante esa década, a medida que se iba desarrollando la era de la normalización académica y la especialización, a través de los concursos y el incipiente espacio de la investigación formal, fuimos generando con Silvia una agenda y un pacto sororo que nos permitió desarrollar, defender y consolidar nuestras literaturas “extranjeras” clásicas y moderna, ante el embate que la doxa ejercía para defender el español a rajatabla y las literaturas concomitantes, otorgando un espacio menor a los estudios destinados a la traducción y a las literaturas traducidas. Por suerte, colegas de otras sedes académicas, en particular de Buenos Aires, Rosario y Mendoza, motivados por las mismas preocupaciones, convocaron a una primera Jornada sobre la problemática de la enseñanza de las literaturas en lenguas no española. La misma se llevó a cabo en la sede del Instituto del Profesorado de Paraná en 1988 y ambas adherimos enfáticamente lo allí discutido. Por lo que inmediatamente nos lanzamos al desafío de organizar en 1989 en nuestra sede, las *II Jornadas de Literaturas en Lenguas no Española*, a las que concurrieron una gran cantidad de especialistas.

De hecho, en nuestro “magazino” académico, nos quedaba la íntima convicción de haber sido pioneras en la práctica de la organización de eventos académicos de gran envergadura ya que a éste se sumó el congreso internacional de ADILI (Asociación de Docentes e Investigadores de Literatura Italiana) que tocó organizar en 1992, y que pude lograr gracias a Silvia quien me ayudó a resolver una enorme cantidad de problemas y desafíos. La sede, recientemente transformada en Facultad, carecía todavía de ámbitos adecuados y de experiencia. Puedo aseverar que ese congreso fue el primero de nivel internacional que se desarrolló en esos claustros. Y que, tanto autoridades como equipo responsable del evento, fuimos aprendiendo sobre la marcha. Un dato de color, fue Silvia la que hizo notar que la gente de ceremonial que estaba armando el estrado con telas tricolores que simularan la bandera italiana, estaba poniendo el rojo en vez del verde a la izquierda. Y a partir de entonces, fue Silvia quien -por su sabiduría y experticia en plantas y flores- tuvo a su cargo el diseño de arreglos florales y ceremonial para cada evento.

Puedo afirmar que aprendimos codo a codo, en el mismo proceso, a resolver los detalles, aportando esa experticia al departamento y a la misma institución. Con respecto a lo disciplinar, la obligación de encarar la enseñanza de literaturas extranjeras en traducciones nos obligó a encontrar modelos y métodos que autorizaran y validaran nuestra práctica de lectura de textos traducidos. Y junto a Silvia nos aferramos a la tabla de salvación que nos ofreció el comparatismo. La

visión antinacionalista y desvalorizante de lo “otro” por extranjero que habíamos sufrido, había dejado una huella que el comparatismo nos ayudó a superar. Una iniciativa previa lo convalidaba. Junto a nuestras maestras, cesanteadas durante la dictadura y reincorporadas poco después de la democracia, me refiero a Dina San Emeterio y a Zunilda Manavella, habíamos diseñado un *Grupo de Estudio sobre Literatura comparada* ya en 1987, el que tuvo como objetivo estudiar las proyecciones de la literatura griega en el teatro argentino. Este grupo funcionó en forma espontánea y discontinua, pero nos permitió comenzar a formar pensamiento crítico y un corpus de bibliografía especializada sobre el comparatismo. Todo ello nos impulsó a conformar y proponer, para el cambio del Plan de Estudio de Letras, la creación de una subárea de materias referidas a las literaturas en lenguas no española: Calosso -como la llamábamos cariñosamente-, como especialista a cargo de las literaturas clásicas y yo, de las modernas.

En el campo disciplinar de los estudios clásicos, me gusta recordar que además de las investigaciones realizadas en el marco de los proyectos antes mencionados, compartimos la exposición de nuestros avances sobre “La comedia de la polis griega del siglo V a.C.” en un congreso internacional sobre “Mundo Clásico y Cine” que se realizó en la Facultad de Humanidades y Artes de la U.N. de Rosario en agosto de 1995. Así como la organización de dos Talleres sobre “Aristófanes: el remedio de la risa”, que tuvieron lugar en la Facultad de Formación Docente en Ciencias (hoy FHUC) el 9 de noviembre de 1995 y el 29 de noviembre de 1996. Además de un taller de coordinación interinstitucional con la contraparte rosarina, para la delineación del Proyecto: “La mujer hablada por otros en los textos dramáticos griegos de los S.V y IV A.C”, realizado en Rosario el 12 de septiembre de 1997.

Todas estas acciones conjuntas justificaron que Silvia adhiriera con beneplácito a mi proyecto de la creación de un Centro de Estudios Comparados, en 1995, integrando desde el inicio el comité responsable, en carácter de Vicedirectora y actuando conjuntamente en actividades de investigación, extensión y de “convivio” con especialistas invitados del país y del extranjero. Desde el año 2002, compartió conmigo el dictado de un *Seminario de Literatura Comparada*, al que se integró en 2004 la Prof. Silvia Zenarruza. Y desde las primeras acciones, integró el comité editorial de la revista del CEC, El hilo de la fábula (Ediciones UNL). Para ello contamos con la colaboración de Analía Gerbaudo y Oscar Vallejos, en carácter de alumnos avanzados y luego de jóvenes egresados. Los cuatro nos alternamos desde el inicio la responsabilidad de cada número anual, hasta la desvinculación de la Prof. Gerbaudo en el número 16. Silvia Calosso nos acompañó hasta el número 15, siendo responsable también del número 6 y el 11. Nunca dejó de estar presente cuando se la convocaba. Es por ello que Silvia compartió, junto a Oscar Vallejos y Analía Gerbaudo, la presentación de los 10 años de la revista, en la XXª Edición de la Feria del Libro de Santa Fe, el 14 de septiembre de 2013.



Y también, junto a Oscar, celebramos el “Veinte”, en la XXVI Feria del libro, el 15 de septiembre de 2019.



Hace muchos años, encontré en el prólogo a *La tía Tula* de Don Miguel de Unamuno, una interesante reflexión del escritor y filósofo español con referencia a la carencia, en español, del término “*sororidad*”:

La observación es que así como tenemos la palabra paternal y paternidad que derivan de *pater*, padre y maternal, maternidad de *mater*, madre... es extraño que junto a fraternal y fraternidad, de *frater*, hermano, no tengamos sororal y sororidad, de *soror*, hermana. En latín hay *sororius*, *a um*, “lo de la hermana” y el verbo *sororiare*, “crecer por igual y conjuntamente”. Se nos dirá que la sororidad equivaldría a la fraternidad, mas no lo creemos así. Como si en latín tuviese la hija un apelativo de raíz distinta que el de hijo, valdría la pena de distinguir entre las dos filialidades.

Sororidad se puede definir como una amistad entre mujeres cómplices que se encuentran y se reconocen y que tratan de sumar y crear vínculos. En tanto dimensión ética y política, es también un pacto y una agenda histórica, compleja y holística basada en la solidaridad y creación mancomunada. Y en este sentido pasó a enunciar una práctica del feminismo contemporáneo, como experiencia de las mujeres, que conduce a la búsqueda de relaciones positivas y a la alianza existencial y política. Un cuerpo a cuerpo, subjetividad a subjetividad con otras mujeres, para contribuir con acciones específicas a la eliminación social de todas las formas de opresión.

Cuando pienso en mis largas décadas de amistad sorora con Silvia, asumo que es este apelativo el que mejor mide nuestros lazos afectivos y académicos. Porque todo lo que nos unió durante cuatro décadas, com-pasionaron y entramaron nuestra sororidad. Agradezco por ello a la querida Silvia haberme permitido configurar con ella esta agenda y este pacto de solidaridad y creación mancomunada.

Por tanto afecto, y en un homenaje altamente merecido, ¡Silvia, Chapeau!!!